

EL TRÁNSITO DE SAN JOSÉ

“Habiendo aprobado esta Sede Apostólica diversos modos de honrar al Santo Patriarca San José (...) celébrese principalmente a San José como Patrón de los moribundos, pues a su muerte estuvieron presentes el mismo Jesús y María...” 25 de julio de 1920. Benedicto XV.



Estas palabras de Su Santidad nos sitúan en un momento íntimo y doloroso de la Sagrada Familia, como es el fallecimiento del Santo Patriarca. De pequeño, recuerdo haber visitado la Parroquia de la Santísima Trinidad de Chiclana (conocida como San Telmo) y lo que más impacto me causó fue encontrar en ella una talla de la Virgen María en el momento de su Tránsito. La verdad es que nunca me había parado a pensar hasta entonces (seguramente muchos tampoco) que María pudiese haber fallecido. Estaba acostumbrado a asistir a la pasión y posterior muerte de su hijo, con ella siempre tras de Él en un suntuoso paso de palio. Pero jamás se me pasó por la cabeza de pequeño que María también había fallecido... cosas de la edad. Es curioso que, pasados los años, haya tenido una reacción similar al contemplar obras de arte referentes al Tránsito del Bendito Patriarca. Porque San José también murió, y antes que Jesús y María. Evidentemente, ya no era cuestión de desconocimiento, sino que simplemente, de forma inconsciente, obviaba esta realidad, sin más porqué.

El tránsito de San José es un momento concreto reflejado en multitud de obras de arte, siendo este el motivo principal de este artículo. No pretendo, ni mucho menos, enumerar obras de arte así como así, sino más bien desentrañar algunos de los elementos más característicos de estas, sin entrar tampoco en tecnicismos ni términos

artísticos. Solo se pretende un acercamiento a esta variante de la representación de San José, sin más.

Ciertamente, existen gran cantidad de obras pictóricas y escultóricas que reflejan este momento. Algunas de grandes autores (“El tránsito de San José”, Francisco de Goya y Lucientes, 1787, en el Monasterio de San Joaquín y Santa Ana de Valladolid); otros de autores menos conocidos (“La muerte de San José” de Reiddmayer, en la Iglesia de la Conversión de San Pablo de Cádiz, autor, dicho sea de paso, del célebre cuadro del Voto a San José que desde 1801 cuelga del salón de plenos de nuestro Ayuntamiento); y otros anónimos, como por ejemplo el cuadro sobre el mismo tema que está en nuestra Iglesia Mayor en la denominada Sala del duelo.

La gran mayoría de estas obras pictóricas, y sus homónimas en escultura (el conjunto iconográfico sobre el fallecimiento del Patriarca en la Capilla Capuchina de San José de la calle Jovellanos de Sevilla, atribuida a Pedro Roldán) toman el mismo modelo al representar el momento: San José, en el lecho de muerte, junto a Jesús y María, a veces asistido por un ángel, a veces por varios; en algunas ocasiones con varios personajes rodeando al núcleo familiar, pero siempre, sobre todo desde la Edad Moderna, con una fuerte luz celestial alumbrando al Santo Varón (estas dos últimas modalidades más propias de obras pictóricas).

Si tenemos en cuenta las escasas referencias que los evangelios hacen a San José, resulta cuanto menos curioso ver la unanimidad que existe en los distintos artistas y en diferentes épocas a la hora de representar este momento. Ciertamente, si acudimos a los evangelios, nada nos indica como fue el postrero momento de la muerte de San José, ni siquiera mencionan cuando se dio el triste suceso. Las referencias al santo son escasas: San Mateo (13,55) nos desvela su oficio, carpintero y lo sitúa como descendiente de Jacob (1:16). El Nuevo Testamento prácticamente reduce sus referencias sobre el esposo de María al nacimiento de Jesús, el anuncio del ángel sobre el embarazo de la Virgen, la huida a Egipto y el hallazgo de Jesús en el Templo.

Tendríamos que acudir a la apócrifa “Historia de José el Carpintero” para encontrar que murió con 111 años. San Epifanio adelanta la edad del fallecimiento a los 90 años y el Venerable Beda sitúa su entierro en Josafat. Lo que parece estar claro es que no contempló el martirio de su hijo, puesto que no es nombrado jamás en el desarrollo de la pasión, ni aparece junto a la cruz, supliendo su hueco el discípulo amado; sería, cuanto menos extraño, que Jesús encargase a San Juan al pie de la cruz el cuidado de María, si San José estuviese vivo aún.

Ante esto, la representación iconográfica que se hace del Señor San José en su tránsito debemos encontrarla en la tradición y presumiblemente en la intencionalidad didáctica de la Iglesia desde el Concilio de Trento; efectivamente, San José hasta finales de la Edad Media no será el santo de referencia que conocemos hoy. De hecho, hasta ese momento, sus apariciones en las obras de arte van a limitarse a su presencia en escenas de grupo (y no constantes) de la Sagrada Familia, siempre apartado de la fuerte luz que embarga a las figuras de María y Jesús para resaltarlas, algo que no obstante va a continuar en la época moderna, si bien, la encendida devoción que hacia él sentía Santa

Teresa de Jesús en el siglo XVI le llevará a convertirse en un santo de verdadera importancia, cuya devoción comenzará a extenderse sobre todo en el siglo XIX (el siglo josefino por excelencia). San José será un agente más de la dedicación de la Iglesia para perpetuar la familia como base de la vida cristiana, aunque no un elemento cualquiera, de ahí las representaciones constantes de la Sagrada Familia (y desde los albores de la época contemporánea ya en obras monográficas sobre su figura), y de ahí también, la presencia de su esposa María y de Jesús en las representaciones del momento de su muerte; algo lógico, por otro lado, puesto que se presupone que moriría acompañado de sus seres más queridos.

Tradicción y lógica son la base de los modelos iconográficos que prevalecen en la historia del arte para representar el fallecimiento de San José. Como vemos, nada hay en los textos sagrados que narren ese momento, al menos de forma realmente explícita.

Hay que destacar la devoción que en diversas zonas tiene este momento; si bien es cierto que lo que más abunda es un culto a la imagen de un San José vivo, tierno, que, bien soporta a su hijo en brazos (caso de nuestro titular), o bien le lleva de la mano (por ejemplo el mosaico que existe en la calle Rosario esquina con Juan de Mariana), también existen cofradías que dan culto a su muerte y que tienen por función principal la de orar por las almas de los fallecidos. La principal de ellas se halla en Roma, llamada Archicofradía del Tránsito (o de la muerte) de San José, fundada el 17 de Febrero de 1913, por Pío X, con facultad para asimilar hermandades filiales josefinas, independientemente del momento de su vida que refleje. En España, se fundaría una filial en la Parroquia de San Viator de Escoriaza (Vitoria) en 1945, aún activa.

En la zona norte de nuestro país, como vemos, existe una gran devoción a San José. Por un lado tenemos el culto a su muerte, muy extendido por esta zona, destacando el grupo escultórico de la Iglesia de los franciscanos de Santiago de Compostela, donde el misterio de su tránsito, a falta de altar propio, está situado sobre el que fue su paso procesional durante años, cuando el mismo se hallaba depositado en el Hospital de la Sangre (hoy Parador Nacional). El dulce y bello conjunto (compuesto por Jesús y María, acompañando a José, que es asistido por un ángel) pasó a San Francisco, donde recibe culto, aunque no cuenta con cofradía, según me explicó un fraile franciscano; por otro lado, en el noreste de España encontramos la fuerte devoción a San José de la Montaña, Coronado Canónicamente, y titular de la Pía Unión de su nombre.

Toda la devoción que despierta San José, no ya solo por la labor que tuvo en la Historia de la Salvación, sino por la manera dulce en que se produjo, presumiblemente, su muerte, desembocó en los diversos reconocimientos oficiales que posee la advocación desde la Iglesia, a saber: Patrono de la Iglesia Católica, de los trabajadores, de los padres y de las familias, y en el caso que nos ocupa, desde 1920, también Patrono de los moribundos (así aparece en las Letanías josefinas), o como se le suele nombrar popularmente, Patrono de la Buena Muerte.

La muerte de San José es un tema muy manido en la Historia del Arte, sin embargo, desde estas líneas tan solo se ha pretendido un somero acercamiento a los aspectos más generales de las obras que sobre ello tratan. Lo realmente cierto es que es un Santo,

nuestro titular, que despierta la piedad de los fieles, tanto en su faceta como padre de Jesús, encargado de su cuidado, y de esposo de María, como en sus representaciones del momento de su paso al Altísimo. Sea como fuere, actualmente, la devoción a San José es más latente en el norte de nuestro país que en el sur, aunque estemos asistiendo a un renacer del sentir josefino por tierras andaluzas y últimamente también en Canarias, aunque la gran devoción a San José se vive celebrando su vida, y no su muerte, en centro y sur América. Pero esto ya es otro tema que se tratará en otro momento, como es la localización geográfica de la devoción al Santo Patriarca.

Alejandro Leiva Rosa.

BIBLIOGRAFIA:

- Santa Biblia.
- Martelet, Bernard: "José, el hombre de confianza".
- Gombrich, E. H.: "Historia del Arte".